

381



# LA MENTIRA Y LA VERDAD EN “EL SEÑOR PRESIDENTE”, DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Jorge Kattan Zablah

En la novela de Asturias, *El señor presidente*, la mentira parece ser el arma más eficaz para mantener en pie la dictadura. La verdad no tiene cabida en un régimen despótico donde los seres humanos son obligados a vivir en un ambiente de terror y de represión. Y cuando alguien se atreve a expresar la verdad se hace merecedor de un tormento desproporcionado, despiadado.

En la exposición de este trabajo, comenzaré señalando los casos en que los protagonistas reciben un castigo por el ‘delito’ de haber dicho la verdad; luego analizaré la forma en que la mentira se va desplazando a lo largo de toda la obra y terminaré con algunas observaciones con el propósito de redondear el tema.

Los casos en que los personajes son castigados por decir la verdad pueden sintetizarse de la siguiente manera:

a) El crimen casual en el que el Pelele da muerte a Parrales Sonriente es aprovechado por el dictador para deshacerse de dos de sus ex-amigos políticos, ahora en desgracia: Canales y Carvajal. Cuando los mendigos son llamados a declarar (1), sólo al principio acusan al Pelele porque luego, bajo el peso del tormento, terminan aceptando la “verdad oficial” (la incriminación injusta de Canales y Carvajal). El Mosco es el único que no cambia de opinión y se empeña en no adherirse a esa “verdad” que la policía trata de imponerle. Como consecuencia de su testarudez recibe el castigo en toda su magnitud: “Al soltar la cuerda, el cadáver del Mosco, es decir, el tórax, porque le faltaban las piernas, cayó a plomo como péndulo roto.” (2)

b) En el mismo crimen de Parrales Sonriente, el dictador ordena que el Pelele sea eliminado para borrar toda prueba. Se le encomienda la tarea a Lucio Vásquez, pero éste se hace acompañar de su amigo Rodas. (3) Aunque Vásquez es el autor material del homicidio, tanto él como Rodas terminan siendo directamente acusados. El Auditor de Guerra quiere que Rodas se declare culpable, pero éste se obstina en decir la verdad: “... Lucio me había dicho que estaba de turno en espera de un mudo con rabia que me contó después

que tenía que tronarse... Vásquez arrancó de la pared un bulto, era el mudo... Aquí fue sacando el revólver y, sin decirle nada, le disparó el primer tiro, luego otro... ” (4) por desafiar la “verdad oficial” recibe doscientos palos de castigo. (5) Luego se nos dice que los carceleros traían “a Rodas colgando de los brazos, con los pies arrastrados por el suelo, como un trapo, como el lienzo de la Verónica”. (6) A Lucio Vásquez se le condena a muerte, aunque el crimen por él cometido tenía una buena excusa: “... yo no iba a ser tan orejón de matar a ése, por el placer de matarlo, y que al obrar así, obedecía órdenes expresas del Señor Presidente”. (7) Eliminando a Lucio desaparece toda prueba que podría perjudicar al dictador.

c) Niña Fedina ignora completamente el paradero del general Canales, pero el Auditor de Guerra la tortura sin clemencia. Fedina confiesa no saber absolutamente nada sobre la carta que ella tenía en su poder (8), en la cual el general Canales le confiaba a su hermano Juan el cuidado de Camila (9), Fedina responde: “Esa es la carta que me encontré botada en la casa de él; la pepené del suelo cuando ya salía... ” (10) Por haber dicho Fedina la verdad recibe un castigo desproporcionado: es azotada (11) y se le muere el hijo por habersele prohibido que le diera de mamar. (12) Lo abyecto de este pasaje se torna más repulsivo cuando nos enteramos de que el Auditor, al desempeñar su papel de verdugo, sabe que Fedina no miente y que, sin embargo, es incapaz de hacer cesar o, al menos, de amortiguar la tortura: “Las declaraciones de Fedina de Rodas son terminantes a este respecto. La casa estaba vacía cuando ella se presentó a buscar al general a las seis de la mañana. Sus declaraciones me parecieron veraces desde el primer momento, y si apreté un poquito el tornillo fue para estar más seguro”. (13)

La mentira es uno de los temas que aparece con mayor insistencia en el argumento de la novela. Siempre está presente, de una manera o de otra. El resultado de la declaración de los mendigos, con excepción del caso del Mosco, no lo sabemos sino hasta que estamos bien



entrados en la novela: "Catorce testigos contestes declaraban bajo juramento que . . . vieron al general Eusebio Canales y al licenciado Abel Carvajal lanzarse sobre un militar que, identificado, resultó ser el coronel José Parrales Sonriente, y estrangularlo a pesar de la resistencia que éste les opuso cuerpo a cuerpo . . ." (14) Esta mentira es el eje alrededor del cual se desarrolla toda la trama. Por esta mentira triunfa el plan inicial del presidente, es decir, poder acusar 'legalmente' a Canales y a Carvajal "por sedición, rebelión y traición con todas sus agravantes". (15)

El presidente quiere asesinar a Canales, pero no desea que sus súbditos sospechen de la legalidad del hecho. Esto, claro está, no lo dice expresamente el dictador, pero Cara de Angel, que ha sido encomendado sin titubeos: "Estoy cooperando a un crimen --se dijo--; a este hombre lo van a asesinar al salir de su casa". (17) Ese sería "un medio ingenioso para dar al crimen cariz legal, explicado como extremo recurso de autoridad, a fin de evitar la fuga de un presunto reo de asesinato". (18) Cara de Angel, pues, sabe de sobra que su amigo, el señor presidente, le está mintiendo, pero aparenta estar

de acuerdo con él. Ahora bien, Cara de Angel, perito en las duplicidades, decide favorecer la huida de Canales, pero no a título gratuito: intenta raptar a Camila. Cuando Cara de Angel conversa con el general sobre el plan que permitirá su huida, ambos se dan cuenta de lo pueril de tal ardid y sin embargo terminan aceptándolo porque los dos conocen muy bien el arte del doble juego, el arte de mentir: "Un tonto, un loco y un niño no habrían concertado tan absurdo plan. Aquello no tenía pies ni cabeza, y si el general y el favorito, a pesar de entenderlo así, lo encontraron aceptable, fue porque uno y otro lo juzgó para sus adentros trampa de doble fondo". (19)

Una vez consumado el rapto de Camila, Cara de Angel trata de protegerla de la mejor manera posible porque inesperadamente se ha enamorado de ella. Se dirige a la residencia del constructor Juan Canales, tío de Camila, para que éste se encargue del cuidado de la muchacha durante la ausencia de su padre. Pero Juan Canales se desata en un rosario de mentiras: ". . . no sé si usted estará al tanto, en los últimos tiempos nos veíamos muy de cuando en vez con mi hermano. Casi nunca. Mejor dicho, nunca", (20) ". . . estábamos distanciados desde hacía mucho tiempo con mi hermano que éramos como enemigos . . . , sí, como enemigos a muerte, ¡él no me podía ver ni en pintura y yo menos a él!" (21) No cabe duda que Juan Canales es un mentiroso sin escrúpulos porque sus declaraciones no pueden reconciliarse con el contenido de la carta que dejó el general. (22) ¡Es inconcebible que un padre confíe el cuidado de su hija a un enemigo capital! Por otra parte, Camila nos hace ver la falsedad de las declaraciones de su tío: ". . . cuando no íbamos a su casa, él venía a la nuestra con su señora o solo. Es el hermano a quien más ha querido mi papá. Siempre me dijo: ¡Cuando yo te falte te dejaré con Juan, y a él le debes buscar y obedecer como si fuera tu padre!". (23) La mentira actúa aquí como elemento desintegrador de la institución de la familia.

Pero Juan Canales no sólo reniega de su hermano, sino que acepta como cierto el falso rumor que el dictador ha hecho propagar. Según este ignominioso rumor el general le ha 'ofrecido' su propia hija al señor presidente, a través de un intermediario, con el propósito de evitarse problemas con el gobierno. Así se lo dice Juan a Cara de Angel: "Además, es público que mi famoso hermano ofreció . . . ¿cómo dijéramos? . . . , sí, ofreció a su hija a un íntimo amigo del Jefe de la Nación, para que éste a su vez . . ." (24)

El matrimonio secreto de Camila y Angel, que se celebra 'in extremis' (25), ha llegado como era de esperarse, a oídos del señor presidente (26) y éste maquiavélicamente hace público el hecho, rodeándolo de mentiras: "Ayer por la noche contrajeron matrimonio la bella señorita Camila Canales y el señor don Miguel Cara

de Angel . . . boda que fue apadrinada ante la ley por el Excelentísimo Señor Presidente Constitucional . . . " (27) Esta mentira es una espada de doble filo: por una parte el dictador le hace ver a su favorito que le ha seguido los pasos y que se ha dado cuenta de la traición; por otra, es esta infame noticia la que parece explicar la extraña muerte del general Canales: " . . . había fallecido de repente, al acabar de comer, cuando salía a ponerse al frente de sus tropas". (28) Creyendo que Camila podía ser la culpable, uno de los supersticiosos seguidores de Canales dice: "¡Si quieren, la maldigo; yo sé una oración que me enseñó un brujo de la costa". (29)

Cara de Angel, al igual que Canales y Carvajal, ha caído en desgracia y podemos adivinar que el presidente tratará de eliminarlo en una forma tal que no deje huellas, como acostumbra hacer con los seres que le estorban. En efecto, el dictador fragua una supuesta misión diplomática en Washington y se la encarga a Angel, diciéndolo en tono paternal: " . . . me veo obligado por las circunstancias a aprovechar los servicios de los que, como tú, si cerca me son preciosos, más aún fuera de la República . . . " (30) El favorito se traga el anzuelo y, el día de la partida, es capturado por el mayor Farfán al llegar al puerto (31) y reemplazado por un doble. (32) En el oscuro calabozo, luego de ser humillado y torturado, escucha la última mentira, la mentira que le destruye la única ilusión que lo mantenía vivo. Un policía, disfrazado de reo, le asesta ese golpe postrero al contarle la razón por la cual se halla preso: "Había querido enamorarse a la prefe . . . del Señor Presidente, una señora que, según supo, antes que lo metieran en la cárcel por anarquista, era hija de un general y hacía aquello por vengarse de su marido que la abandonó . . . " (33)

Paralelamente a este grupo de mentiras concatenadas, corre otro, que tiene por objeto mostrar la corrupción de todo el sistema.

El Auditor de Guerra acostumbra a aprovecharse de los "asuntos del gobierno" para su lucro personal. (34) El ha vendido a Fedina de Rodas a doña Chon, dueña del prostíbulo 'El Dulce Encanto' por la suma de 10.000. En vista que después de la paliza propinada a Fedina, ésta ha quedado inservible para el innoble trabajo que se le tenía destinado, doña Chon reclama que se le devuelva su dinero (35) bajo amenaza de acudir a su 'amigo', el señor presidente. (36) Pero el astuto Auditor toma sus precauciones: pone en libertad a Rodas haciéndole firmar un documento en el cual se afirma que era éste quien había recibido los 10.000 pesos de manos de doña Chon. Rodas, en su alegría de poder salir otra vez a la calle ni siquiera leyó lo que firmaba. (37) A través de este procedimiento 'legal' la conducta del Auditor se mantiene 'irreproachable'.

La verdad no puede prevalecer en un régimen tiránico donde todo está corrompido desde sus cimientos.

El Mosco, Rodas, Vásquez y Fedina confirman tal aseveración. Hay un momento, sin embargo, en que creemos que la 'limpieza general' está a punto de llegar; ello tiene lugar cuando Canales, al escuchar atentamente el llamado de su conciencia, exclama: "Yo juro hacer la revolución completa, total, de abajo arriba, de arriba abajo; el pueblo debe alzarse contra todo zángano, vividores con título, haraganes que estarían mejor trabajando la tierra". (38) Pero este hombre, que se ha dado cuenta de la iniquidad del gobierno que servía y que está dispuesto a destruirlo, muere fulminado por la mentira que le dispara el dictador: el matrimonio de su hija con Cara de Angel, asistida por el señor presidente de la república.

La mentira, en cambio, prospera y se impone fácilmente en una sociedad que vive aterrorizada. Una mentira va engendrando otras, en un ciclo infinito, hasta que contamina todo lo que arrasa a su paso. Este elemento corrosivo destruye la familia y la amistad, haciendo que cada uno de los seres desconfíe de los demás.

Es obvio que lo que irónicamente he llamado "verdad oficial" al principio de este trabajo no es más que la mentira que el dictador trata de imponerle al



pueblo subyugado. Dicha mentira tiene por objeto eliminar a los que son considerados 'obstáculos' para el régimen, pero esta eliminación no se lleva a cabo por la vía

directa, sino aparentando un proceso jurídico legalmente fundado.

#### NOTAS :

1. Miguel Angel Asturias, *El Señor Presidente* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1969), 15. Todas las citas del presente trabajo se refieren a este texto.

2. Ibid., 17.
3. Ibid., 48.
4. Ibid., 136.
5. Ibid., 130.
6. Ibid., 138.
7. Ibid., 138.
8. Ibid., 114.
9. Ibid., 89.
10. Ibid., 114.

11. Ibid., 117.
12. Ibid., 148.
13. Ibid., 133.
14. Ibid., 203.
15. Ibid., 203.
16. Ibid., 37.
17. Ibid., 70.
18. Ibid., 71.
19. Ibid., 70.
20. Ibid., 103.
21. Ibid., 104.
22. Ibid., 89.
23. Ibid., 121.
24. Ibid., 104.

25. Ibid., 213.
26. Ibid., 222.
27. Ibid., 224.
28. Ibid., 250.
29. Ibid., 250.
30. Ibid., 258.
31. Ibid., 267.
32. Ibid., 268.
33. Ibid., 284.
34. Ibid., 165.
35. Ibid., 163.
36. Ibid., 168.
37. Ibid., 233.
38. Ibid., 194.

